

GLOSARIO DE REVISTAS

Panait Istrati

He aquí un nombre bien nuevo en la literatura univversal. Sin embargo de lo reciente de su «nacimiento» a esa vida, llena páginas de muchas revistas y preocupa a hombres de muy diversas razas y lenguas. Veamos por qué.

Panait Istrati no es propiamente un escritor; mucho menos aún, un literato. Es nada más que un hombre que ha sufrido mucho y que cuenta ahora, en un idioma tal vez rudo y áspero pero lleno de una ardiente sinceridad, sus sufrimientos y sus ensueños. Su historia es tan extraordinaria que bien merece algunas líneas.

Dejemos que Romain Rolland nos cuente ese doloroso romance, tal como él lo ha conocido en forma bien directa y precisa:

«En los primeros días de Enero de 1921—escribe el autor de «Juan Cristóbal»—me fué transmitida una carta del Hospital de Niza. Había sido encontrada sobre el cuerpo de un desesperado que acaba-

ba de cortarse la garganta. Se tenía pocas esperanzas de que sobreviviese a la herida. Leí la carta y me sentí impresionado por el tumultuoso genio que ella revelaba. Un viento ardiente sobre la llanura. Era la confesión de un nuevo Gorki de los países balcánicos. Se acertó a salvarlo y yo quise conocerlo. Una correspondencia nos anudó. Nos hicimos amigos.

Se llama Istrati. Nació en Braila, en 1884, de un contrabandista griego a quien no conoció nunca, y de una campesina rumana, una admirable mujer que le consagró la vida. A pesar de su afecto por ella, la dejó a los doce años, empujado por el demonio del vagabundaje o más bien por la necesidad devorante de conocer y de amar. Veinte años de vida errante, de extraordinarias aventuras, de trabajos extenuadores, de andanzas y de penas, quemado por el sol, calado por la lluvia, sin albergue, acosado por los guardias de noche, hambriento, enfermo, poseído de pasiones, presa de la mise-

ria. Desempeña todos los oficios: mozo de bar, pastelero, cerrajero, mecánico, jornalero, descargador, pintor de carteles, periodista, fotógrafo. Se mezcla durante un tiempo a los movimientos revolucionarios. Recorre el Egipto, la Siria, Beirut, Damasco y el Líbano, el Oriente, Grecia, Italia, frecuentemente sin un centavo, escondiéndose una vez en un barco donde se le descubre en el camino y de donde se le arroja a la costa en la primera escala. Vive despojado de todo, pero almacena un mundo de recuerdos y engaña muchas veces su hambre leyendo vorazmente, sobre todo a los maestros rusos y a los escritores de Occidente.»

Entre esos escritores de Occidente, al que le ha servido de Juan Bautista en su nacimiento a una nueva vida, el mismo autor de las líneas anteriores, Romain Rolland. Por él sentía Istrati una profunda admiración. La carta que le había escrito y que fué encontrada en su cuerpo de suicida frustrado, la revela sobradamente. En el prólogo de su obra «Kira Kyralina», que le ha valido soberbios elogios de la crítica universal, se refiere también a Romain Rolland en términos de calurosa y agradecida simpatía.

La literatura de Panait Is-

trati es un hecho nuevo, un fenómeno inusitado en el mundo moderno. Su obra rebasa las vallas de la perspectiva, las limitaciones del estilo, las formas consagradas de cualquier especie que ellas sean. La moral de hoy, todos los conceptos que animan al hombre, sufren en sus relatos o una revisión o un cambio completo en la faz bajo la cual son considerados. Panait Istrait es por eso él solo una escuela y una técnica nuevas.

Se ha dicho de él que es suprarrealista, al modo de los jóvenes escritores franceses que se cobijan bajo esa enseña. Otro crítico ha dicho que la obra de Istrati le parece la revelación de un nuevo Job, por lo bíblico de su lengua, por el formidable poder de su revelación. Sea como fuere, la aparición de este hombre en el tablado de la literatura universal representa una conmoción profunda, acaso una revolución inesperada.

Y se explica que así sea, si se tienen presentes las palabras de Romain Rolland: «el tumultuoso genio» de Istrati, y se recuerdan las metamorfosis que ese hombre ha sufrido en su existencia, los tumbos de su vida errante, los padecimientos de su alma abandonada a todos los azares de las horas.—S.